

Las nuevas ondas de José Agustín — una entrevista¹

Pregunta: Por lo general, en tus libros das una importancia preponderante al lenguaje. De hecho, se podría decir que tu singular tratamiento del lenguaje contribuye de manera sustancial al contenido del texto. ¿Qué relación guardas tú personalmente con el lenguaje? ¿Tienes formulada alguna teoría respecto a éste y su aplicación a la creación literaria?

José Agustín: Yo soy de los que piensan que el lenguaje es una parte fundamental de lo que se escribe pero que no es la parte determinante, es un elemento más de todos los que confluyen en la obra literaria. Yo pienso que el lenguaje tiene que estar en estricta correspondencia con todos los demás elementos formales y con el contenido en una concepción general. Por tanto, el lenguaje puede ser extraordinariamente cambiante según las necesidades del contexto. Me interesa mucho jugar con las palabras, jugar con el lenguaje porque creo que tengo la naturaleza y la facilidad, pero en muchas ocasiones me puedo contener muy bien según las necesidades que me plantean los textos. Y este es mi concepto general para abordar esta cuestión.

P: ¿Ves en el lenguaje cierto elemento de subversión tal vez?

J.A.: Puede tenerlo, ¡naturalmente! De hecho en las primeras obras que yo produje, uno de los elementos que llamaba la atención y que la gente ubicaba como algo subversivo era precisamente el lenguaje. Les llamaba la atención el uso de algo, de un lenguaje que tuviera relación directa con las hablas coloquiales pero que al mismo tiempo tuviese un sedimento artístico. No era una reproducción mimética de las hablas. Y además la carga de intensidad que pueda llegar a tener en un momento dado el lenguaje puede resultar muy provocativo o de plano fastidioso para mucha gente. Yo en los años sesentas y un poco los setentas padecí mucho; por una parte había una suerte de esquematismo de vérseme solamente en función del lenguaje y en segundo lugar como un lenguaje demasiado disolvente. Se consideró que existía un lenguaje de “la onda,” que ciertamente existe. Es el lenguaje que hablaban los chavos de la onda en México y que era absolutamente antiliterario; entonces el sólo utilizar estos niveles de lenguaje era considerado una agresión y un acto contestatario.

P: A través de tu obra se puede observar una marcada influencia de la música rock y del cine en las técnicas narrativas que utilizas, ¿consideras el papel de los medios masivos de comunicación un factor determinante en tu estilo de escritura?

J.A.: ¡Sí, cómo no! creo que sí es muy, muy importante. Yo desde que crecí me interesaron mucho los lenguajes de los medios y poco a poco me fui metiendo en varios de ellos. Del cine por supuesto no solamente fui gran fan sino que también estudié cine. He escrito guiones, he dirigido películas y ahora estoy a punto de dirigir otra más. Tengo una novela que se llama *Ciudades desiertas* que estamos adaptando para filmar y que yo mismo voy a dirigir a fines de año en Estados Unidos. Me interesó mucho también la televisión. Yo empecé a trabajar en televisión en 1967 y de una forma u otra he continuado en ella. Y también por supuesto todos los niveles de periodismo en los que he trabajado. He hecho desde reportajes, editoriales, en fin.

P: Todo eso ha marcado bastante tu estilo.

J.A.: Sí, cómo no. Todos esos medios han contribuido a la generación del estilo en general y de todos ellos quizá el que resulta más visible es la presencia del rock. De hecho, hay gente que sostiene que lo que yo hago es una especie de poética del rock. Y yo en ocasiones pienso que lo que yo hago es una especie de rock verbal. La idea del rock como un puente entre la alta cultura y la cultura popular con sus características contraculturales me apasionó desde un principio y mi literatura se encamina mucho a esos niveles también. Tocar estratos del gran arte tradicional, no quitar los pies de la cultura popular en todos sus niveles, y aparte imprimir un ritmo y un sentido de rechazo a los valores establecidos, a la cultura institucional a través del rock.

P: En tu obra se observa una transición: mientras que en tus primeras novelas narras experiencias relacionadas con el adolescente clase-mediero del D.F., en tus obras posteriores se observa una visión más totalizadora de México. ¿Cómo explicas este cambio de enfoque?

J.A.: Yo siempre partí de la base de que un escritor que empieza muy joven debería escribir de lo que ve, de lo que sabe y de lo que siente. Y entonces a partir de ese momento yo empecé a narrar cosas de mi entorno inmediato correspondientes a mi edad. *La tumba* la escribí a los dieciséis años y la publiqué a los diecinueve. A los veintinueve años tenía terminada *De perfil*. Entonces la edad que yo tenía me acercaba mucho a los estratos juveniles. Yo formaba parte de ellos, naturalmente, y claro es el tema de mis primeros libros aunque yo diría que de una forma más allá de mi voluntad se coló como una necesidad de dar, como una suerte de lo que llaman un rito de iniciación a la madurez. Es como un contexto subterráneo que está en las obras y que en cierta forma es lo que le ha dado a las obras cierta vigencia más allá en el tiempo. Hace unos dos años se festejó en la ciudad de México, con un gran entusiasmo los veinticinco años de mi novela *De perfil*. Y a

mí me entusiasmó mucho ésto porque cuando saqué yo el libro hubo críticos que dijeron que el lenguaje que utilizaba no iba a ser entendido en cuatro años. Es decir que en 1970 nadie iba a poder leerlo y en 1991 estaba festejando sus bodas de plata... bueno, cuando menos éso ya ha sobrevivido. Y más adelante conforme fui creciendo fui teniendo experiencias que me ampliaron notablemente el campo de acción. Por una parte, desde un principio me interesó bastante el fenómeno del erotismo que he venido trabajando en una línea constante en todo lo que he escrito después. Por otra parte, me interesaba mucho la realidad social mexicana en su interrelación con la cultura internacional que también es otra área que he venido cubriendo. En este sentido mi obra se ha vuelto un poco más social y más política en ciertos aspectos. Se ha compensado esto a su vez en una indagación en torno a la problemática interior. Me interesan mucho todos los estratos de percepción interior, los mecanismos de la mente, una suerte de camino de individuación que consciente o inconscientemente pueda llevar al ser humano, con toda una serie de ligas muy cercanas al mundo, primero a los sueños y a las intuiciones y después al mundo de la religión y muy concretamente a las experiencias religiosas más ligadas al misticismo que también es algo que está muy presente en muchas de las cosas que he estado escribiendo. Y entre todos estos elementos —más mi vida, las estancias en la cárcel, el nacimiento de mis hijos, las salidas al extranjero, etc.— me han configurado una concepción del mundo que ha ampliado notablemente los alcances iniciales de lo que yo planteaba y creo que actualmente me permiten manejar mayores registros, más recursos y una visión un poco más amplia.

P: ¿Qué te impulsó a escribir las *Tragicomedias*? ¿Forma esto parte del revisionismo histórico?

J.A.: Forma parte de la enorme necesidad que tenemos en México de refrescarnos la memoria. Tenemos la impresión de que somos proclives a la amnesia. El sistema político parte de sexenios y el sexenio tal como se ha manejado en México es una forma muy hábil que el sistema ha ideado para evitar la reflexión y la recapitulación. Cada vez que acaba un sexenio se empieza a especular notablemente. Ahorita estamos viviendo ese proceso. En el sexenio siguiente la gente se incorporará a toda clase de juegos que van desde charadas, quinielas, especulaciones de todo tipo para averiguar quién va a quedar. Buscan integrarse en los nuevos rumbos que se van a dar y de esta forma no queda espacio para la recapitulación de lo que ha ocurrido y pasa mucho en la historia reciente de México que se parta de una base que ya se vio, que ya se experimentó, que resultó nefasta y que se vuelve a repetir después. Los círculos viciosos en México son constantes. Somos concientes de ésto desde 1968 cada vez con mayor fuerza y hay un esfuerzo tremendo por recuperar la memoria y *Tragicomedia* en ese sentido forma parte de ésto.

P: Algo muy saludable sin duda.

J.A.: Sí, cómo no... urgente. En países como el nuestro es determinante. Yo caí de una forma muy extraña en la elaboración de *Tragicomedia*. En cierta forma los periodos que estuve en los años setentas y principios de los ochentas dando clases en universidades de los Estados Unidos me abrieron mucho el campo porque me pedían cursos que ya no eran estrictamente de literatura. Me pidieron un curso sobre el 68, otro sobre los problemas de libertad de expresión, sobre la relación literatura y sociedad, y poco a poco yo fui ampliando mi campo y acercándome hacia la historia. En varias ocasiones también tuve que dar cursos de historia de la literatura mexicana, pero enfatizando más el aspecto histórico, no tanto el literario. Esto me hizo meterme mucho en la historia de México. Y, por otra parte, también en la década de los ochentas yo hice durante ocho años un programa de televisión sobre literatura, y este programa me enseñó a sintetizar, a desarrollar una capacidad que no había descubierto en mí, que me permite condensar información, según yo, sin perder los elementos fundamentales y en una forma clara y bien armada que resulte digerible y accesible para la gente. Entonces todo ésto me llevó con el paso del tiempo a *Tragicomedia*.

P: ¿Se puede hablar de una escritura postmoderna en México? ¿encajaría tu obra dentro del contexto de la postmodernidad?

J.A.: Sí se puede hablar de una literatura postmoderna en México. Hay algunos autores que muy claramente han estado leyendo todos los trabajos sobre la postmodernidad, que tienen una sensibilidad que claramente es distinta en nuestro país y que están produciendo una literatura interesante, muy, muy interesante. Podría mencionar, por ejemplo, a un escritor que a mí me interesa mucho, se llama Oscar de la Borbolla. El está trabajando con una suerte de cosas que llama *ucronías* que son como crónicas ficticias trabajadas con un grado de meticulosidad e ingenio tal que uno puede creer que son crónicas reales pero que en realidad son completamente imaginarias y tienen un humor y una crítica social muy inteligente porque no es evidente. Yo creo que también Juan Villoro ha estado trabajando un poco en niveles que se podrían considerar postmodernos, y por otra parte, si entendemos como postmodernidad un panorama también, un paisaje anímico de desencanto y de fin de utopías y de pérdida de mitos de convergencia en relación de la historia y todo eso, bueno en los ochentas se dio una literatura que podríamos considerar postmoderna que llamamos nosotros a falta de mejor término —porque todavía no existía ese concepto— “la literatura del desencanto” en las que hay obras de José Joaquín Blanco, de Enrique Serna, de Agustín Ramos. En mi caso, la verdad yo nunca he penetrado teóricamente y a profundidad en las cuestiones de la postmodernidad. Hay ciertos elementos que me parecen muy claros de precisar, como un estrato en el cual todo el mundo de la modernidad que se vive como las búsquedas vanguardistas y experimentales evidentemente han quedado atrás; y, por otra parte, también recientemente he estado leyendo los trabajos de un estudioso de la modernidad en México que es Roger Bartra que me han ilumina-

nado mucho más el campo. No he tenido yo una reflexión profunda en torno a mi relación directa con todo esto. Lo que sí sé es que en el campo de la literatura cuando empezamos a producir en los años sesentas nuestra obra no pertenecía al espíritu general de la literatura que se estaba produciendo. Tenía contenidos y manifestaciones enteramente distintos. Yo tengo un texto que se llama "Un día en la vida" que en ese sentido pueda ser tal vez muy elocuente. Es una narración de una fiesta que organizó Carlos Fuentes en una cantina que se llama "La Opera" y el personaje central de este cuento, aparte de Fuentes, es el escritor Perménides García Saldaña. Entonces al final después de pleitos, borracheras y cosas tremendas, el cuento termina planteando que nuestra generación se veía ya muy retirada de Fuentes y de García Márquez y de todos los grandes monstruos del *boom* porque evidentemente lo que nosotros estábamos haciendo era una cosa completamente distinta. Ellos tenían una visión más global, más de gran mosaico, más épica —hasta cierto punto— de definición de identidades nacionales y continentales; a nosotros ya nos tocó trabajar más en el terreno de lo individual en la manifestación de la problemática que tiene un valor social pero que parte de bases estrictamente individuales, y resentíamos por tanto condiciones mucho más difíciles. El cuento termina diciendo que a nuestra generación le había tocado amanecer en "ventarrones que desgajaban el alma," en condiciones que hacían el paisaje tremendamente difícil y que nos hacían tener a nosotros un pie en un espíritu y el otro pie en otro. Entonces yo creo que esto acerca mucho a ciertas visiones que se puedan tener de la postmodernidad y en este sentido yo no niego nuestra relación con eso. Como te decía hace rato, he estado viajando mucho por Europa y en mis presentaciones por allá una buena cantidad de críticos me han visto como un escritor típicamente postmoderno lo cual a mí me ha hecho pensar mucho.

P: ¿De qué manera sigue influyendo el espíritu del 68 en los intelectuales mexicanos? y ¿cuál crees que es el papel del intelectual en México en la actualidad?

J.A.: Yo creo que la cuestión del 68 en México es algo que sigue muy vivo. Ni remotamente se ha podido clausurar esta etapa porque representó el inicio de una enorme toma de conciencia que en términos materiales se tradujo en la gestación de una sociedad civil. Una sociedad civil que se ha ido incrementando con el paso del tiempo, que ha adquirido cada vez mayor fuerza y que en los últimos años ha resultado un contrapeso tremendo hacia el sistema y las formas institucionales. En cierta forma fenómenos como el terremoto del ochenta y cinco y las elecciones del ochenta y ocho se vuelven como nuevos capítulos que abren ciclos diferentes pero que aún permanecen interrelacionados con el anterior; porque el 68 nos marcó la necesidad de tomas de conciencia globales en los aspectos de la vida nacional y por otra parte trajo consigo aspiraciones muy grandes hacia la necesidad de una verdadera democracia, cosa con la que hasta la fecha no contamos. El auto-

ritarismo del régimen ahorita es tan férreo como en el sexenio de Díaz Ordaz. De hecho, en este último año se han estado repitiendo condiciones de vida que el gobierno mismo ha tratado de generar como una suerte de gran regresión cultural a formas de vida que se parecen mucho a los años sesentas. Entonces, ésto hace que cobre mayor beligerancia en cierta forma la cuestión del 68. Aunque claro como tema ya ha sido tratadísimo y se puede considerar hasta cierto punto una cuestión histórica. Yo mismo he escrito en ocasiones en términos del antidiluviano movimiento del 68. Y con respecto a los intelectuales, yo creo que su función actualmente es clave. A partir de 1970 el Estado mexicano se dio cuenta de la importancia que podían tener los cuadros de la intelectualidad. Siempre había habido una relación con la cultura muy visible, casi simbiótica entre el Estado y el intelectual, pero a partir de los setentas esto se incrementó. Una de las características del presidente Echeverría fue su cortejo al mundo intelectual, y él, entre otras cosas, logró incorporar a la gran élite universitaria a los procesos de gobierno a través de su política de supuesta apertura democrática que en realidad fue una inmensa cooptación de jóvenes. En la actualidad, pienso yo, hay dos clases de intelectuales: uno cuasi-orgánico que funciona muy directamente con el sistema que traduce, interpreta, analiza y propicia el desarrollo de los elementos que propone el sistema; y otro claramente independiente que no se le puede ubicar esquemáticamente en un campo de la oposición, sino que cumple su función crítica simplemente y al cumplirla automáticamente se convierte en un vehículo fenomenal de importancia política en la actualidad. Entre estos intelectuales de primerísima importancia me gustaría mencionar a Jorge Castañeda, Lorenzo Meyer, Carlos Ramírez, Jorge Aguilar, Miguel Angel Granados, Roger Bartra y, por supuesto, a Carlos Monsiváis. Es un grupo de gente muy, muy brillante y extraordinariamente bien capacitada y preparada que está cobrando una importancia medular en la vida mexicana. Entonces la disputa por la nación se está dando de entrada en el campo de la intelectualidad.

P: Y en el otro grupo de intelectuales, ¿quiénes están?

J.A.: Muy claramente Octavio Paz y Enrique Krauze, aunque éste tiene una posición crítica, en el fondo avala todas las propuestas neo-liberales de supuesta transformación del régimen. Está además todo el grupo de intelectuales conocidos como “los mapaches,” también se les conoce como la izquierda que le gusta al gobierno, miembros del PRD que son o fueron miembros del Partido Comunista; gente muy brillante también: está Arnaldo Córdova, está... se me van ahorita más nombres, pero es un grupo también muy compacto, muy sólido. Los más deplorables son los funcionarios que tienen ciertos niveles de intelectualidad y que la ejercitan en el espacio público. Se vuelven una suerte de gatilleros del régimen. Hay uno que se llama Romeo Flores Caballero que fue el director del Canal 13 y que ahora publica en *Excelsior* y lleva a cabo editoriales oficiales sumamente agresivas en contra de todas las manifestaciones de oposición que puedan existir

en nuestro país. Hay otros también, así como los que son funcionarios, que están integrados directamente al sistema. Los otros intelectuales que mencionaba no están integrados directamente, salvo algunos como Rolando Correa. Bueno, todo el grupo de *Nexos*, entre ellos Aguilar Camín, son intelectuales muy proclives al Estado.

P: Bueno ya de alguna forma has contestado a la siguiente pregunta, pero si quieres agregar algo... En tu obra reciente eres bastante crítico de los distintos gobiernos post-revolucionarios, ¿crees que pueda existir una intención real de transformación en el PRI?

J.A.: ¡Para nada! absolutamente para nada. Si la hubiera le tendríamos más respecto al PRI. Sinceramente la función actual del gobierno priísta es exclusivamente la de conservar el poder. Esa es su meta única, y por lo tanto recurre a procedimientos de guerra sucia que a estas alturas son verdaderamente vergonzantes. Esa es la única función ya estricta que tiene el PRI; el PRI es una institución prácticamente muerta, completamente acabada. Su deterioro es tan visible que solamente puede funcionar como un cohesionador de las fuerzas heterogéneas y políticas que se mueven en el cuerpo del Estado y que a fin de cuentas representan una manera de concebir la realidad que es terrible. Entonces, yo creo que del PRI no se puede esperar absolutamente nada; urge que desaparezca. El gobierno mismo no ha modificado el nombre porque no ha podido, porque de haber podido ya lo hubiera hecho. Pero inventó el Programa Nacional de Solidaridad que en buena forma es una suerte de nuevo partido oficial. Allí se canalizan recursos, propagandas extraordinarias de corte claramente político que antes ejercía el partido oficial.

P: Y por parte del pueblo, ¿hay algún tipo de presión para que desaparezca el PRI?

J.A.: ¡Sí, cómo no! sobre todo en el espacio de la sociedad civil. La sociedad civil es la conjunción de individualidades con todo tipo de concepciones del mundo que a veces están más cargados a los viejos juegos geométricos de la izquierda y de la derecha; éstas a veces se pueden emparentar más con preocupaciones de orden filosófico o con cuestiones más pragmáticas, pero logran anteponer todos sus planteamientos centrales para unirse en torno de cuestiones que evidentemente lo requieren. Por ejemplo, la democratización de México; ésta es una clara necesidad del país y está presente en todas las áreas de la vida nacional. A unos les preocupa más, a otros les preocupa menos, pero todo mundo está consciente de la necesidad de una verdadera reforma democrática en nuestro país. Entonces esto es una meta que logra cohesionar grupos y tendencias de todo tipo. Estas manifestaciones son tremendamente importantes porque han sido un contrapeso muy grande para los actos de gobierno, sobre todo en los últimos años con el gobierno de Salinas de Gortari. Y no es que se presione por la desaparición del PRI, el planteamiento no es en ese sentido, es simplemente: corrigamos toda una serie de fallas medulares que tenemos, y si en la corrección

de esas fallas va de por medio la modificación de ciertas instituciones, pues ¡transformémoslas! En realidad yo diría que la sociedad civil tiende a una desconfianza muy comprensible hacia todos los cuerpos políticos. Todos los partidos políticos están en la actualidad ya en un grado muy atrofiado y parten de bases que obviamente necesitan regenerarse. En reflexiones de este tipo, incluso hemos llegado a pensar en la necesidad de eliminar la palabra “partido,” y al eliminarla buscar un nuevo concepto de unión, de militancia, que permita generar un fenómeno distinto porque éste obviamente ya no sirve. Entonces, la sociedad civil en su conjunto no apoya a ningún partido político; apoya transicionalmente o provisionalmente a aquel partido político que en un momento dado se acerque a sus aspiraciones.

P.: ¿Qué impacto crees que tendrá el Tratado de Libre Comercio en la cultura mexicana?

J.A.: Buenc, yo primero me pregunto si va a haber Tratado de Libre Comercio (T.L.C.). Las condiciones son sumamente difíciles para el Tratado. En estos momentos dependen exclusivamente de Estados Unidos. Es posible que aquí [en E. U], a través de las presiones que se lleven a cabo se logre pasar la ratificación del T.L.C. Cuando esto ocurra, si es que ocurre, porque tampoco es muy seguro de que ocurra, creo que hay factores en juego muy, muy importantes. El problema van a ser entonces Canadá y México. Al parecer México es el único país que no tiene ningún problema, que claramente podría ratificar el tratado en el acto, pero ésto depende de la estabilidad del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. El presente actual tiene al presidente Salinas en un proceso de sucesión presidencial. El está jugando al “tapado,” una vez más, y ha insistido en uno de los peores vicios del sistema que es el que le llamamos “el dedazo.” Es decir, designar a su sucesor. No quiere abdicar de esta anomalía, claramente anacrónica y terrible. Al hacerlo, entonces, se ve envuelto en todo el juego de la politiquería tradicional que existe en nuestro país, que en estas ocasiones, dado que las formas de conciencia al respecto son cada vez mayores, está muy, muy a la vista: el Estado mexicano ha pasado de la hipocresía al cinismo y esto ha cambiado notablemente las condiciones. Es posible que él [Salinas] logre dar la designación presidencial, es posible que logre armar una ley electoral que le favorezca y es posible que logre hacer un cambio electoral el año próximo, que perpetúe cuando menos seis años a la casta que está actualmente en el poder. Pero también es muy factible, verdad, que todos estos problemas que se están dando en torno al T.L.C. modifiquen mucho la cuestión de la sucesión presidencial en México. Simplemente, si la discusión en torno al tratado se da en octubre, esta es una fecha incomodísima para Salinas de Gortari. El quiere prolongar el espacio, actualmente, de la designación de su sucesor. Porque de esa manera logra conservar el poder durante más tiempo y de esta manera logra, sobre todo, cuidar su política económica neo-liberal que está apuntalada enteramente en el Tratado de Libre Comercio. Y si las discusiones son muy álgidas allá [E.E.U.U.] y traen

consigo las discusiones de los derechos humanos en México y la democracia, automáticamente va a haber toda una serie de discusiones en nuestro país que van a modificar enteramente la manera de dar el "dedazo."

Estas modificaciones para dar el "dedazo" se pueden producir simplemente en el hecho de que estará más limitado el presidente y a quien él escoja se sentirá mucho menos ligado a Salinas simplemente por las condiciones de debilidad por las que va a dar Salinas el "dedazo." Todo esto, entonces, puede generar, se puede amalgamar como una vieja ley que existe en México que es "La ley del pendulazo presidencial." Es evidente que Salinas de Gortari quiere imponer una política trans-sexenal y quiere imponer sus puntos de vista al próximo gobierno. Todas las experiencias históricas que se han dado en la historia reciente de México, en que un presidente ha querido hacer ésto, han concluído en el fracaso total: Lázaro Cárdenas quiso continuar sus políticas a través de un plan sexenal, lo primero que hizo Avila Camacho fue desmantelarlas; Miguel Alemán quiso continuar con las políticas de modernización e industrialización que habían llevado a cabo Avila Camacho y él y lo primero que hizo Ruiz Cortines, para poder fortalecerse como presidente, fue desmantelar todo el poder que tenía el presidente anterior y por lo mismo modificar sus criterios en muchas áreas y regresar a ciertas formas tradicionales de los principios de la Revolución Mexicana. El presidente Luis Echeverría quiso hacer un "Maximato" y tener el control sobre José López Portillo y López Portillo lo primero que hizo fue mandarlo al demonio y por lo mismo variar muchas de las formas de conducta. Ha sido tan insistente la presión trans-sexenal de Salinas de Gortari que quien quiera que quede, aún cuando él mismo lo elija, si no quiere ser un pelele de Salinas, es decir materializar el "Maximato," va tener que tomar posturas distintas, y una de las primeras manifestaciones que va a haber, por la importancia y la publicidad que tiene, es el T.L.C. Entonces pueden existir, a partir de la designación del candidato oficial, modificaciones en torno al Tratado de Libre Comercio en México. Y en Canadá también pueden hacer muchísimas cosas. Entonces yo todavía no quisiera especular en torno al T.L.C. porque siento que todavía está en una situación bastante conflictiva. Por otro lado, ante los problemas de la cultura, la "gringuización" a que nos podría llevar el T.L.C., pues es una cuestión ya póstuma, ya se dio, ya más no es posible. En los restaurantes *Metza* te dan todos los menús en inglés y te dan las medidas en *pints* y en *quarts* y en *yards* y en cosas de ese tipo. La penetración del lenguaje es verdaderamente alarmante. Ves Televisa ahorita, ¿qué ves? la mierda que le dan a los cubanos en español, ves *Cristina*, las telenovelas, ves todo ese tipo de cosas. Entonces está ya avanzadísima la penetración cultural en ese sentido. Lo que lo salva es esa sociedad civil. Es ese desarrollo cultural que hemos logrado tener, muy importantísimo, a partir del sesenta y ocho para allá, que así como ha avanzado todo en proceso de simbiosis con Estados Unidos, con los peores elementos de Estados Unidos, por otro lado se han fortalecido nociones muy importantes con res-

pecto a la soberanía e identidad nacional y la importancia de ser nosotros mismos. En ese sentido, el T.L.C culturalmente, yo creo que su tendencia sería colonizarnos aún más. En el 91 estuve yo en Puerto Rico y de repente tuve el *insight* tremendo y dije, “puta, para esto vamos con el T.L.C.” Y en ese sentido es un proceso bastante visible.

P.: Es curioso porque siempre se había visto a la franja fronteriza como muy apegada, muy agringada. . . .

J.A.: Pero esto no es enteramente cierto. Donde he encontrado las defensas mayores de la nacionalidad es precisamente en la frontera. En el sur, yo puedo de repente “agringarme” en millones de cosas porque no lo siento como una cuestión realmente álgida. Pero en Ciudad Juárez, en Tijuana, Matamoros, en Reynosa, en todos esos lados es una cuestión vital. Está pegadito a uno. O te adhieres completamente a la cultura del otro lado o conservas tus valores nacionales y los defiendes más que abajo, precisamente por eso. O buscas una suerte de amalgama cultural que es lo que considero más sensato porque tampoco vamos a ponernos muy nacionalistas y chauvinistas y autárquicos y a pensar que “como México no hay dos” y que aquí la virgen María dijo que estaría mejor. Evidentemente hay que tomar de todas partes todo tipo de estímulos que nos sean apropiados. Sin que esto signifique una transcultura o cosas por el estilo.

P.: En el presente, ¿se puede hablar de censura en México? y si la hay, ¿de qué manera afecta tu propia creación literaria y la de otros artistas e intelectuales mexicanos?

J.A.: La censura es un aparato que existe en México desde siempre. A partir de las luchas del 68, la lucha frontal contra la censura ha sido muy importante y se han logrado victorias espectaculares. Existe una verdadera libertad de expresión, para ciertas gentes; los que tienen la responsabilidad y la tribuna para ejercitarla, pero se puede hacer. Hay vehículos de difusión totalmente independientes y que se saltan totalmente la censura. El gobierno de Salinas de Gortari, una de sus características que yo le llamaría una suerte de contrarrevolución cultural consistió en reverdecer la censura. Desde la entrada de su gobierno, simplemente en el terreno de la televisión se desmanteló todo el aparato que ya existía y que era muy bonito, de televisión cultural, todos los programas de opinión, en ese sentido fueron los que cesaron, simplemente. Y nada más queda el programa de *Nexos*. Simplemente ése no le ha [ofendido] al gobierno y puede seguir muy bien. La censura se ha incrementado muy fuerte también en la publicación. Podría citar varios casos —y en la radio—, en las publicaciones una periodista muy combatida que se llama Manú Dornbiärer tuvo que dejar de escribir por amenazas concretas que le hicieron porque escribió un artículo en que señalaba que el hermano y la familia de Carlos Salinas de Gortari estaba participando en un negocio bastante ilícito con el Hipódromo Nacional. Esto era intocable. Inmediatamente la Procuraduría mandó una carta de protesta. El periódico corrió inmediatamente a Manú Dornbiärer y quien sa-

be cómo habrá sentido la cosa Manú, ella misma dijo: "no vuelvo a escribir hasta que termine este sexenio porque mi vida aquí peligró." En el caso del radio, la radio tiene una notable fuerza para la opinión dado que la televisión no tiene la más mínima credibilidad, la radio se ha vuelto un factor muy importante. Algunas estaciones muy poderosas han logrado mantener cierto grado de autonomía pero otras han tenido que resistir los embates de la censura y han tumbado infinidad de programas, el caso de Francisco Huerta, por ejemplo, con su programa *Voz Pública*, que dos veces ha sido prohibido. Otras prohibiciones que se llevaron a cabo en distintos noticieros y programas de opinión en distintas radiodifusoras han sido muy notables.

P.: Ha habido mucha gente que se ha ido de la televisión a la radio, ¿no?

J.A.: Sí, exacto. Sí, porque en la televisión no hay nada que hacer. También se han dado muestras de censura en el terreno artístico. Por ejemplo, el sexenio empezó con la atmósfera del grupo "Pro-vida" atacando una exposición, [de] un pintor que había hecho una serie de cosas con las imágenes religiosas ligadas a la cultura popular. Entre ellas "Pedro Infante y la Última Cena" se les hizo espantosa y prohibieron la exposición y han estado prohibiendo cosas que parece que estamos otra vez en los años sesentas: desnudos en obras de teatro y en la danza en los gobiernos panistas sobre todo. Han prohibido discusiones sobre el aborto, discusiones sobre problemas políticos. En fin, hay un clima de censura muy visible en el país y el único medio que está logrando evadirlo, me parece a mí, es el cine. Porque de pronto la industria cinematográfica se dio cuenta que estaba obteniendo prestigio y dinero a través de una serie de películas que se están haciendo y que uno de los factores esenciales para que este fenómeno ocurriera era una elasticidad muy grande en la censura. Entonces allí encoge un poco la manga ancha. Pero en todos los demás espacios es muy difícil el ejercer la libertad de expresión.

P.: Además, hay que ver cómo se estrenan esas películas. Usualmente un día entre semana por la noche. En cambio las películas norteamericanas duran hasta dos meses. Entonces, ¿quién ve estas películas? Tienen mucho prestigio en el extranjero pero inclusive creo que es más fácil ver una película mexicana en Estados Unidos que en Tijuana, por ejemplo.

J.A.: Era también un poco eso, sobre todo con *Rojo Amanecer*. *Rojo Amanecer* resultó un taquillazo. Y hay otras: *Como agua para chocolate*, *La tarea*, *El bulto* han sido éxitos notables de taquilla y entonces han logrado conservarse más. Pero es cierto lo que dices. Usualmente se mandan a cines pésimos, o a cines que no les corresponde este tipo de películas y ellos lo hacen deliberadamente para matarla. Con respecto a mí, bueno, yo soy cliente de la censura en todos los campos. He sido censurado en el teatro. He sido censurado en el cine. He sido censurado en la prensa. He sido censurado en la televisión. Pero nunca había sido censurado en la literatura, hasta ahora. A mi libro, *La miel derramada*, la censura no la ejerció el gobierno. Ahora la censura la ejerció la iniciativa privada. Resultó que mi li-

bro *La miel derramada*, que es una colección de textos eróticos, tiene un desnudo en la portada que sigue siendo bastante inocuo y además eso es una pintura. No es ni siquiera provocativo. Yo protesté cuando me mostraron la portada y dije, “no, pos le falta algo más cachondón, ¿no?, más rico. No esta cosa tan fría.” Bueno, pues esa portada inocua les molestó tanto a las grandes cadenas comerciales que ahora distribuyen libros en proporciones tremendas y que se han vuelto espacios indispensables para el movimiento de libros. Entonces *Aurrerá*, *Sanborn's*, *Comercial Mexicana Soriana* y no me acuerdo que otro conglomerado comercial decidieron que la portada del libro no se podía exhibir y por lo tanto prohibieron que se vendieran mis libros en sus tiendas. La editorial en ese sentido no quiso perder esos puntos de venta. La misma censura la habían ejercido hacia una novela que se llama *Un hilito de sangre* de Eusebio Rubalcaba. También la prohibieron las tiendas comerciales. Eusebio peleó durísimo con ellos y perdió a fin de cuentas, pero ganó en cuanto logró hacer ver esta actitud que estaban teniendo las cadenas comerciales. Y el caso mío, como ya se tenía esa experiencia, Planeta les dijo, “¿qué es lo que les molesta, la portada, no les molesta el contenido?” y ellos dijeron que el contenido no porque obviamente no lo habían leído. Me pregunto si sabrán leer. Y entonces hicieron una camisa que cubre la portada y se puede quitar. Uno puede comprar el libro, tirar la camisa inmediatamente y tomar el libro tal cual es entonces si aceptaron que se distribuyera. Pero esas nuevas formas de censura se están dando ahora en México. Estamos viviendo la censura muy dura y esto va a durar mientras esté Salinas. Descubrió el Gobierno de Salinas que la cultura tiene una incidencia directa con los fenómenos políticos. Algo que no sabían los gobiernos anteriores.

P.: Recientemente varios premios literarios, el “Gilberto Owen” o el “Agustín Yañes” han sido otorgados a escritores jóvenes residentes fuera del Distrito Federal—en la Frontera Norte en particular—, ¿consideras esta una tendencia a descentralizar la literatura mexicana? Y según tú, ¿hacia dónde va la literatura mexicana?

J.A.: Bueno, sí, evidentemente son procesos de descentralización muy sanos que urgían en nuestro país. Está surgiendo una nueva novela urbana, que ya no es la novela urbana de la ciudad de México, sino que es la novela urbana de Morelia, de Zacatecas, de Chihuahua, de Ciudad Juárez, de Tijuana, de Oaxaca, de Jalapa, etcétera. Esta novela está hecha, me parece a mí con niveles muy decorosos de calidad literaria. Si no es que en unos casos de niveles muy estimables. Creo que es un paso natural que tenía que seguir la literatura que habla ya, en cierta forma del desarrollo y la madurez que ha adquirido México en muchas áreas, especialmente las culturales, y yo creo que es una tendencia que continúa. Evidentemente el tema de la gran urbe de la ciudad de México si no se ha agotado, ha dado lo que tenía que dar ya. Entonces muchos jóvenes están haciendo como Oscar de la Borbolla, inventando historias de la ciudad, pero que ya son historias ficticias o

historias apócrifas. Está empezando a surgir un fenómeno de ciencia ficción en México que, claro, no podemos hablar de viajes espaciales. No podemos hablar de toda esa *high-tech* tan tremenda, pero sí podemos hablar de realidades paralelas, sí podemos hablar de realidades virtuales, sí podemos hablar de entidades abstractas que están dentro del núcleo del cuerpo social. Y esto es algo que está prosperando. La característica actual de la literatura mexicana es la pluralidad y la diversidad y en ese sentido yo no veo todavía tendencias a que se modifique. Hay algunas corrientes que son visibles, como la corriente histórica, la tendencia hacia el erotismo, por otra parte, La literatura escrita por mujeres que está teniendo un auge muy grande. También un fenómeno postmoderno de literaturas que tienden a abrir las historias, a buscar historias muy interesantes, muy bien urdidas que tienen que ver con todo tipo de extractos de la historia y de las preocupaciones. Por ejemplo las novela de Carmen Boullosa que está escribiendo sobre piratas. O sobre fenómenos de la aspereza de la realidad y ligadas al sexo. Eso lo está haciendo un cuate que se llama Nayeb Yeya y otro cuate que se llama Guillermo Sabanelli. Están también las novelas que se están escribiendo con fines históricos pero que nada tienen que ver con México. El último premio Planeta/Joaquín Mortíz que ha dado una novela de Manuel Chavarría, que es una novela sobre el Siglo de Oro de Pericles, con un altísimo contenido erótico, con un altísimo contenido místico y con elementos de *thriller* policiaco. El paquetito resultó muy bien concebido y el éxito no se hizo esperar.

P.: Y la pasada fue histórica también...

J.A.: Y la pasada fue histórica también, la de Paco Taibo, eso fue más dentro de los parámetros tradicionales de la novela histórica. Esto es otra cosa y ha resultado muy interesante e incluso comercialmente está funcionando mejor que la de Taibo. Los niveles de estructura son muy correctos claramente la inventiva y el ingenio por parte del autor son muy notables y esto es un libro muy interesante que ha surgido se llama *El ojo de Indimienio*. Entonces se están dando este tipo de literaturas, pero como se vale hacer de todo, se hacen libros de todo.

P.: ¿A quién lees actualmente?

J.A.: Trato de leer a todo mundo. Leo cosas antiguas. Ultimamente he estado leyendo a Martín Luis Guzmán. Leo cosas muy nuevas. Entre los autores que a mí me interesan mucho están Jaime del Palacio, Enrique Cerna, sensacional el cuate.

P.: El libro *Uno soñaba que era rey* de Cerna.

J.A.: ¿Y leíste los cuentos? Son buenísimos: *Amores de segunda mano*. Se está yendo para arriba este hombre. Es muy talentoso. Villoro también me parece de lo más pujante. Me interesan las cosas de la Boullosa aunque todavía tengo [muchas reservas] acerca de su trabajo. Me interesa mucho lo de Eusebio Rubalcaba también, bueno, leo lo que sale. No soy un lector, como no hago reseñas ni nada, que tenga que estar funcionalmente al día.

Pero me gusta leer lo que se está produciendo, entonces leo bastante de todo ese material.

P.: ¿De la literatura chicana lees algo?

J.A.: Sí, aunque ahorita siento que ya me quedé un poco atrasado. Me falta leer cosas de Sandra Cisneros y de otro autor importante que ha surgido recientemente. Me quedé un poco en el mundo de Rudy Anaya, de Alurista, de Alejandro Morales, de Max Araujo. Lo que ha surgido en los últimos seis, siete años necesito ponerme al día. Y sí, ya Alejandro [Morales] me hizo el favor de soltarme un paquete de libros que me voy a llevar mañana para seguir leyendo a los chicanos.

P.: ¿Estás escribiendo alguna obra?

J.A.: Sí, tengo un proyecto de investigación que se llama *La contra-cultura en México*. Es un estudio sobre todas las formas contra-culturales que ha habido en México desde los años cincuenta. Eso ya lo llevo muy avanzado. Debe de salir a fines de este año. Tengo también una novela que estoy escribiendo. Allí poco a poco, pero he tenido que dejar un poco todo esto, o no le he metido el mismo grado de intensidad por la preparación de esta película [basada en *Ciudades desiertas*], pues, que voy a hacer.

P.: Yo tenía curiosidad preguntarte si te cuesta trabajo escribir o no. . . .

J.A.: No, tengo una facilidad tremenda, nata, como para hablar. Ahora, eso no significa que yo recurra al facilismo, yo trabajo. Decía don Alfonso Reyes, don *Pancho Kings*, “para ser escritor se necesitaba 60% de inspiración y 40% de nalgas.” Algunos modifican los porcentajes. O sea sentarse a talachear duro con la corrección y todo eso ¿no? Yo creo en eso, naturalmente. Y fui alumno de Juan José Arreola, uno de los máximos estilistas de la literatura mexicana y él nos decía, “ustedes tienen que ser ebanistas de la literatura, no carpinteros” no producir muebles sino obras acabadísimas y ultrapulidas y supercorregidas entonces tengo una educación de mucho trabajo con lo que escribo, pero digamos que la materia prima me sale pero con mucha facilidad una vez que tengo yo la idea o tengo el impulso también y lo puedo desarrollar con una gran capacidad de trabajo. Luego mi sistema es dejar en la congeladora un buen período de tiempo lo que escribí y después irlo trabajando sin prisas y sin pausas, poco a poco hasta que rinda los niveles de diseño escritural que yo requiero. Creo que en ese sentido se puede percibir una mayor densidad en mi prosa reciente que en la de la primera etapa.

P.: Escribes a máquina, a mano. . . .

J.A.: Escribo a mano, sobre todo las novelas. Me encanta escribirlas a mano, y después ya las paso a la computadora y la computadora me ha modificado mi sistema de trabajo. Cuando escribía a máquina tendía a ser un mecanógrafo muy sucio. Después tenía que estar haciendo muchas correcciones. Soy bastante enfermizo de la corrección también. Entonces aunque ya fuera el cuarto o quinto tratamiento, los presentaba todos llenos de llamaditos, correcciones y todo tipo de cosas. La computadora me ha ob-

ligado a una mayor limpieza. No me puedo parar de la computadora si no limpio de errores mecanográficos que automáticamente me mete en un estrato de corrección literaria. Entonces estoy dejando versiones mucho más acabadas de como las dejaba antes. Entonces ya he reducido un poco mi tiempo de trabajo y se han modificado los procedimientos. Me gusta mucho la computadora. Se me hace chingonísima.

P.: Te vas mucho por la intuición, me parece que estás hablando hasta cierto punto de una escritura automática, de descarga.

J.A.: Sí, eso era más al principio. *De perfil*, por ejemplo, lo escribí, bueno, bueno yo supe cómo iba a terminar *De perfil* y de qué estaba tratando como hasta la página 300. Había sido un impulso que se daba por sí mismo. Sí estaba muy cercana a la literatura automática, un estado auténtico de inspiración. Yo sí creo en la inspiración.

P.: ¿Te sigue influyendo Jung en ese respecto?

J.A.: Ah sí, cómo no. Pero más en una concepción general, como un esqueleto, un sustento primordial. No me siento tan junguiano así en el sentido ya de desarrollar tesis junguianas frente a la literatura o cosas de ese tipo. En ocasiones lo que escribo coincide con el mundo de Jung, pero es porque, en ese sentido, las aportaciones de Jung fueron muy claras al respecto de ciertas cosas. Sí, sí soy muy intuitivo pero también tengo un buen aparato intelectual y lo ejercito. Sí, yo me considero tanto artista como intelectual, pero quizás tienes razón; sí hay una dosis mayor de artista que de intelectual.

Antonio Jiménez
Juan Carlos Ramírez
Javier Rangel

University of California, Los Angeles

NOTA

1. El comité editorial de *Mester* y el equipo entrevistador agradece a la Dra. Susan Schaffer todas las gestiones realizadas para conseguir la visita de José Agustí a la Universidad de California en Los Angeles y posibilitar la presente entrevista.